6402

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
LA PROPIEDAD INTELECTUAL

LA LUGAREÑA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE LOPEZ MARÍN

música del maestro

LUIS ARNEDO

MADRID
HIJOS DE E. HIDALGO
Mayor, 16, entresuelo
VIDAL LLIMONA Y BOCETA
Ardemans, 17, hotel (Guindalera)
1896

5

LA LUGAREÑA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados ó representantes de la *Galería Lírico-Dramática*, de HIJOS de E. HIDALGO, y los de *La Propiedad Intelectual*, de los Sres. VIDAL LLIMONA y BOCETA, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA LUGAREÑA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

MÚSICA DEL MAESTRO

LUIS ARNEDO

Estrenado en el TEATRO ROMEA la noche del 9 de Mayo de 1896
beneficio del tenor cómico FRANCISCO BARRAYCOA

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 2
Teléfono número 551

1896

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lalugarenajuguet3095arne

A PALOMERO

López Marín (1)

(1) Dedicatoria que no
puede ser más elocuente.
Dice así: «A un hombre eminente
un pigmeo, que soy yo.»

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ADELA	SRTA. PRADO.
SATUR (planchadora)	COHEN.
MANOLO	SR. BARRAYCOA.
LEOPOLDÍN	REFORZO.
DON NARCISO	VÁZQUEZ.
GARRIGORRIAGA (criado)	FUENTES.

La escena en un hotel de Madrid

Época actual

Por derecha é izquierda las del actor

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

Gabinete alfombrado y elegante en un hotel de Madrid. En la derecha, piano. Sobre éste retrato, objetos de arte, papeles de música. En los candelabros del piano bujías que han de encenderse, izquierda, entredós con espejo grande, reloj, un retrato grande y elegante de caballero. Dentro de aquel mueble ropa, corbatas, etcétera, etc. En el lado derecho, primer término, una mesita de estilo Felipe II, sobre la cual hay libros, recado de escribir, una carta abierta y otra empezada, caja de pinturas óleo, pinceles y un cuadro preparado para pintar, de una cuarta en cuadro. Pendiente del techo aparato artístico de luz eléctrica, que se enciende á su tiempo. Puerta al foro y laterales, las tres con elegantes cortinajes. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MANOLO en mangas de camisa y GARRIGORRIAGA cerca del anterior, ayudándole á vestir

GAR. ¿Corbata te pones, dises?

MAN. Blanca, de lunares; ahí está.

GAR. (Buscándola en el entredós.) Blanca... blanca... lunares que te buscas...

MAN. Pero, oye, tú, ilustre Garrigorriaga, ¿cuándo vas á perder la costumbre de tutearme?... ¿Cuándo vas á aprender el castellano?...

GAR. Castellano que te hablas pues, bien claro te digo.

MAN. ¡Y dale!...

GAR. ¡Dale!... ¡dale!... Olvidas usté. Aquí tienes

669755

usté corbata que te pides. (Dándole una corbata blanca, de lunares.)

MAN. ¡Venga!... (Se la pone frente al espejo.) El chaleco... Hombre, hoy es uno de esos días en que me encuentro realmente simpático... A Mariana le gustan mucho estos detalles. Ella es tan elegante... y tan linda... ¡Ay, Marianita!... ¿Me das el chaleco?...

GAR. *Bay*, señorito. (Entregándole uno negro.)

MAN. No, hombre, no; ese no... ¡qué torpe!... Ella sí, es algo coqueta... Pero la coquetería es en la mujer lo mismo que las flores: la hacen más agradable. Y se asegura que si el general la acompañó á los baños, y que si... ¡Bah!... Hay que perdonarles sus defectos... ¡Pobrecitas!... ¡Qué sería de ellas, si no!.. ¡Que lo diga Nieves, la hermosa Nieves!...

GAR. Otro chaleco. (Dándole uno blanco.)

MAN Trae. Esto se llama ponerse la corbata con verdadera habilidad. Un escritor francés aseguraba que ningún hombre distinguido debe tardar menos de media hora en ponerse la corbata, y tenía mucha razón. El arte de saberse vestir no está al alcance de todas las inteligencias. (Ya se ha puesto el chaleco.) Venga la americana.

GAR. ¿Asul quieres?...

MAN. Naturalmente. ¿Voy á salir dos veces en un día á la calle con el mismo traje? ¿Tú no comprendes que eso sería un delito de lesa elegancia?...

GAR. ¿Lesa?... No te comprendes.

MAN. Bueno, es igual. Cada día estás más bruto.

GAR. Tú me enseñas pues.... Cosas que dises, atensión que te escuchas...

MAN. Sí, hombre, sí; déjame en paz, porque á tu lado hasta se me olvida el castellano á mí.

GAR. ¿Sombreros quieres?...

MAN. Sí, uno. (Garrigorriaga coge uno de copa y lo cepilla al revés con un cepillo de las botas.) ¡Qué torpeza y que... no he visto cosa igual! Pero, ¿qué haces?... ¿Lo peinas al revés y con el cepillo de las botas?...

GAR. ¡Más lustre sacas!

MAN. ¡Quita, bárbaro! ¡Márchate de aquí! ¡Largo!... (Mutis derecha Garrigorriaga.)

ESCENA II

MANOLO, á poco LEOPOLDÍN, joven elegante, irreprochablemente vestido de americana y sombrero de copa

MAN. Esta es otra de las manías rancias de la familia. ¡Qué empeño en que yo tenga á este melón de ayuda de cámara!... Que es fiel... que me quiere con amor de perro... que cuida mis intereses... ¡Pero es muy bruto, y todos los días tengo que dedicarme á darle lección de castellano, lo cual es muy molesto, sí, señor!...

LEOP. (Entrando.) ¿Estás hablando solo?

MAN. ¡Hola, Leopoldín!... Adelante.

LEOP. ¿Ves cómo estás medio loco?

MAN. ¡Ah!... ¿Tú también crees que tengo trastornado el cerebro?...

LEOP. Te lo dicen todos, y eso que no te han sorprendido como yo, pronunciando discursos á los muebles.

MAN. Bueno, como quieras.

LEOP. ¿Ensayabas la defensa de algún procesado célebre?

MAN. Si yo practicase la carrera, estaban ahorcando gente á todas horas.

LEOP. ¿No te gusta el foro?

MAN. Me gustan más los bastidores.

LEOP. No hagas chistes.

MAN. No; si es verdad. Yo soy abogado por ser algo, pero mientras disfrute la rentita que tengo, no pienso perder el tiempo, diciendo delante del tribunal: «El procesado es inocente... Hay algo en esa mirada... en esa actitud... que lo prueba de un modo elocuentísimo... Vosotros, que leéis en la expresión de un semblante... que adivinais...»

LEOP. Etcétera, etcétera... Basta.

MAN. Bueno.

LEOP. ¿Has empezado el retrato de Mariana?

MAN. No he tenido tiempo.

LEOP. La verdad es que en este Madrid no hay tiempo para nada que no sea divertirse.

LEOP. ¿De quién es esta carta? (Por la que hay sobre la mesita.)

MAN. ¡Figúrate!... De mi señor hermano.

LEOP. ¡Ah!... Es del formalote don Narciso...

MAN. Sí, y lo de siempre, como verás... (Leopoldín coge la carta y lee.) Que no sea loco, que piense bien lo de la boda... que gasto un dineral...

LEOP. Pero, ¿quién es ella?

MAN. Una primita muy mona (Irónicamente.) que tenemos.

LEOP. ¿Guapa?...

MAN. Hombre, de pequeña no era fea. No sé si habrá cambiado. Hace un siglo que no la veo

LEOP. ¿Y tu hermano quiere, que?...

MAN. Sí, y en parte no piensa mal. El es un hombre que todo lo ve por el lado práctico. Ya sabes que el tío Hilario nos dejó á esa primita y á mí la hermosa granja que tenemos en Portugalete.

LEOP. Sí, Villamar.

MAN. Bueno. Villamar está dividida en dos partes: la mía tiene viñas, árboles frutales y un caudaloso arroyo que sirve para regar toda la posesión. La de ella tiene la casa de labor, trigos... la mar de cosas, menos agua. Si yo enajeno mi propiedad, los nuevos dueños explotarían seguramente ese riego...

LEOP. Naturalmente.

MAN. Pues ahí tienes la razón de esa boda. Casándonos... todo se queda en casa, y el arroyo correrá por allí con toda confianza.

LEOP. No me parece un disparate.

MAN. ¡Ah! ¿Y te parece bien que yo me sacrifique porque al arroyuelo ese le dé la gana de pasar por aquí y no por allá?...

LEOP. Y ¿qué le dices?

MAN. Ahí lo tienes... Aun no he terminado la carta. Yo escribo poco. Los días primero de cada mes acusando el recibo de la letra.

LEOP. Pero, hombre... Esta es una negativa rotunda.

MAN. ¡Claro!... Voy á enlazarme yo con una joven rústica, con una sencilla pastora, que dirá *trujo* y *nesecidad* y se lavará las manos con jabón moreno.

LEOP. ¡No será para tanto!...

MAN. ¿No?... Bueno, pues para tí.

LEOP. Porque no querrá ella.

MAN. Quita, hombre. Acostumbrados á estas chiquillas encantadoras de Madrid... Peinado artístico. . guante perfumado... traje ajustadito y zapato á la inglesa... ¡Calla, hombre, calla!

LEOP. En todo eso hay mucha falsificación.

MAN. Sí.

LEOP. Y donde crees adivinar bellezas ideales encuentras desengaños de algodón en rama.

MAN. No es lo general.

LEOP. ¡La modista es un ser hipócrita y engañador!...

MAN. No exageres.

LEOP. ¡Le enmiendan la plana á la naturaleza!

MAN. Esa es su misión.

LEOP. Pues mira, yo metía en la cárcel á todas, sobre todo, á las corseteras.

MAN. Déjalas en libertad y vámonos.

LEOP. ¿No terminas la carta?

MAN. Luego... ó mañana.

LEOP. Oye, ¿y cual será la sorpresa de que te habla tu hermano?

MAN. Alguna sandez. Lo de siempre. Creo que, en efecto, me van á enviar algo importante... y resulta un cesto de albaricoques... ó una sandía monumental que luego regalo yo á los dueños del hotel ó á la planchadora... Nada, no te ocupes de eso. Piensa en la cena preparada... en la noche que nos espera...

LEOP. ¡Noche de orgía!...

MAN. ¡Programa delirante!...

LEOP. ¡La hermosa Nieves!...

MAN. ¡La arrogante Marianita!...

LEOP. ¡Un tipo sevillano!

MAN. ¡Una mujer árabe!
LEOP. ¡Y mucho champagne!
MAN. ¡Y mucho amor!...
LEOP. ¡Nieves de mi vida!
MAN. ¡Mariana de mi corazón!...

Música

LOS DOS Nieves y Mariana son
dos chiquillas seductoras;
nadie puede, de las dos,
señalar la más hermosa...
LEOP. Nieves tiene un no se qué,
que hace delinquir á un santo.
MAN. Marianita es la mujer
que me tiene enamorado.
LOS DOS ¡Ay! qué criaturas.
¡Ay! qué hermosas son.
No las he visto.
como esas dos.
MAN. Yo he encontrado en los ojos
de mi Mariana,
algo que no se explica
que llega al alma,
porque abrasa mi sangre
de un modo extraño,
y hasta suelo ponerme
muy sofocado.
LEOP. Por la cara de Nieves,
de nieve y rosa,
la ofrecí ser su esclavo
la vida toda.
Y si amores me niega
tomo un veneno
para que ella me llore
después de muerto.
LOS DOS Aunque hablando con franqueza
no podemos olvidar,
ni á Lolita, ni á la Trini,
ni á la Luz, ni á la Pilar.
MAN. ¡Todas ellas!...
LEOP. ¡Todas ellas!
LOS DOS Tienen algo que adorar.

Si un amor es agradable,
dos amores mucho más.

MAN. Pero vamos á la orgía.

LEOP. Pero vamos á cenar.

LOS DOS (Cogiéndose del brazo.)
Porque Nieves y Mariana
esperándonos están.
(Salen tarareando y cogidos del brazo.)

ESCENA III

GARRIGORRIAGA. A poco SATUR con varias camisas planchadas en una bandeja de mimbres

GAR. (Entra por la derecha momentos antes del mutis de los anteriores.) ¡Virgen!... ¡Qué loco te estás!... Amigos que tienes, físico que no te salvas... (Recogiendo y guardando la ropa esparcida por la habitación.) ¡Ah! Señorita Manuel, mueres joven pues.

SATUR Buenas tardes.

GAR. ¿Que te hases, Saturnina?...

SATUR ¿Y tu señorito?

GAR. Pues señoritos buscas, Nieves que te esperan.

SATUR ¿Qué dices, hombre?

GAR. ¡Viva el amor! cantas cuando te sales vestida, chaleca blanco.

SATUR No te entiendo una palabra.

GAR. ¡Todos tienes manía no sabes que te digo!

SATUR ¡Quiá!... Si hablas muy claro. Bueno. Aquí están las camisas. ¿Tienes tú dinero para pagarme?

GAR. Dinero sí; pero cuentas no te echas, lío que te armas.

SATUR Tú si que te armas un lío.

GAR. ¡Virgen!... Eso digo.

SATUR Volveré. Coge la ropa y dame la bandeja.

GAR. Bandeja no tienes...

SATUR Sí, hombre, esto.

GAR. Pues lleva bandeja pues.

SATUR Hasta luego. (Medio mutis)

GAR. ¡Chiss... chiss!...

SATUR ¿Qué?...
GAR. ¿Sabes que te digo?...
SATUR Tú dirás.
GAR. Ojos que tienes hasen corazón típiti.
SATUR ¿Típiti?
GAR. *Bay.*
SATUR ¿Y qué más?
GAR. Más típiti.
SATUR No sé lo que es eso.
GAR. Que si amores quieres... blanca mano que te pido pues.
SATUR ¡Ay qué gracia!...
GAR. Grasia que tienes... amor que te quiero...
SATUR Bueno, ya hablaremos de ese asunto más despacio. Hasta luego.
GAR. Con Dios que vayas, Saturnina...

(La acompaña hasta la puerta. Luego vuelve y recoge la ropa esparcida que coloca en el entredós, arrodillándose para hacerlo con más comodidad. En este momento aparecen (después de una pequeña pausa) en el foro Adela y don Narciso, en trajes de viaje, elegantes. Don Narciso se para en el foro mirando el número que se supone colocado interiormente encima de la puerta.)

ESCENA IV

ADELA, DON NARCISO, GARRIGORRIAGA.

NARC. Dieciseis. Este es su cuarto.
ADELA Pero no está.
GAR. (Sin ver quien entra.) ¿A quién te buscas?
NARC. Hola, muchacho.
ADELA Garrigorriaga, ¿qué haces ahí?
GAR. ¡Oh! ¿Qué te hases?... ¡Bienvenidos!...
NARC. ¿Dónde está tu amo?... (Garrigorriaga indica con un movimiento de cabeza que está fuera de casa, guiñando un ojo.)
ADELA ¿Qué quiere decir eso?...
GAR. Que no te estás en casa pues. ¡Virgen, que torpe!
ADELA (A Narciso.) Este sabrá los pasos en que anda tu primo.

NARC. Sí, pero no lo dirá.

ADELA Ahora veremos. Oye, Garrigorriaga.

GAR. ¿Qué te dises?

ADELA ¿Qué clase de vida hace tu señorito?

GAR. No sé que vida te hases.

ADELA No me engañes.

NARC. Tu siempre has tenido la buena costumbre de decir la verdad.

GAR. Y ahora tampoco.

NARC. ¿Cómo tampoco?

GAR. Que también dises verdá.

ADELA Bueno, pues dime...

GAR. No se que digo. En casa me quedas.

ADELA Pero tú sabrás...

GAR. Mariana... Nieves... fiesta que te senas... amigos que te acompañas... noches que no te duermes... braso que te subes... (Acción de beber.)

NARC. Sí, lo de siempre. Ese cambiará de modo de ser cuando nazca de nuevo.

ADELA Mejor, mejor. Más vale que la corra de soltero.

GAR. Novias que te tienes, semanas distintas, todas nuevas pues.

NARC. Eso, es. Una cada día.

GAR. Tú dises bien.

ADELA ¡Ah! ¡Qué loco!

NARC. ¿Ves como no nos han engañado?

ADELA No importa. Ya se cansará.

NARC. (A Adela.) (Bien, pero no hables nada delante de este, porque ya ves que todo lo cuenta.)

ADELA Envíale á algún recado.

NARC. Mira, en el número 27 está nuestro equipaje. Vete á llevar el cestito de fruta donde dicen las señas.

GAR. ¿Sesto de frutas?

NARC. Sí, hombre, sí; allí lo tienes.

GAR. Bien, bien. ¿Esperas propinas?

NARC. Yo no. Pero si te la dan la tomas.

GAR. *Bay.*

ADELA Toma. De paso deja esto en el número 28. (Se quita el sombrero y el guardapolvo y los entrega al criado, que hace mutis foro.)

NARC. Pues ya lo ves; hemos perdido el viaje. Por

mi parte volveríamos á Bilbao sin darle la sorpresa que le anunciamos.

GAR. (Entrando por el foro con el sombrero y el guardapolvo.) Si vienes tu hermano que tienes señorito, dises que sesta con frutas...

NARC. Sí, hombre, sí; vete y déjanos en paz.

GAR. ¿Qué deje en paz?... *Bay, bay*... Sesta con frutas, camisas que te sepillas, planchadora que vienes, recados que te mandas, ropas que te pones, entras, sales, vayas, vengas, no tienes reposo, así no puedes aprender castellano, pues, luego te llamas torpe, ya voy, sesta con frutas... (Todo esto dicho con vertiginosa rapidez para que resulte un lío de palabras imcomprensible. Después mutis Garrigorriaga foro.)

ADELA Es muy original el pobre Salustio.

NARC. Sí, pero bastante bruto, á Dios gracias.

ESCENA V

ADELA y DON NARCISO

ADELA Yo no desisto. Tú eres el hermano mayor de Manolo y contigo no debo tener secretos. Estoy enamorada de él, porque en estos años de ausencia me habeis acostumbrado á la idea de que había de ser mi esposo. Pues bien; aun no tengo pruebas de su desdén; puede ser que á pesar de sus locuras no le sea yo del todo indiferente. En una palabra; mi amor propio de mujer joven y no mal parecida, se resiste á creer en un desaire. No ha habido encuentro, no ha habido lucha, no puedo dudar de la victoria. Hallémonos frente á frente, y entonces... veremos.

NARC. Muy bonito discurso, prima mía, pero te olvidas de que él viene negándose sistemáticamente á todas mis proposiciones para vuestro enlace.

ADELA Muy bien hecho. Eso le hace doblemente simpático á mis ojos.

NARC ¿Qué dices, chiquilla?

ADELA Lo que oyes. Esas bodas concertadas por la familia son refractarias á los hombres de cierto criterio. La mujer no se admite por imposición; se conquista por inclinaciones del alma. Ni más ni menos.

NARC. Buenas teorías. Pero ten en cuenta que tú y él sois los propietarios de la granja. Si el arroyo...

ADELA Si ya lo sé. Lo del arroyuelo ese que será el primero en murmurar de tus planes.

NARC. (Que habrá cogido momentos antes el pliego de papel escrito de la mesa.) Oye, oye; entérate de lo que me dice en esta carta sin terminar. (Lee.) «Respecto de la boda será inútil toda insistencia. ¿Casarme con la primita? Primero fraile descalzo. Yo no puedo unirme á una mujer que dirá *juente, haiga, trujo*, y *nesecidá*, y que se lavará los domingos las manos con jabón moreno.»

ADELA ¡Já, já! ¡Qué exagerado!

NARC. (Lee.) «Dame delicadezas, mimos, amor sublime, todo lo que hable al alma. No me hables más de esa ilustre zafia lugareña, orgullo de la granja como tú dices.» Sí, ríe. Por supuesto, que no me extraña. El no está muy bien enterado de la educación que tú has recibido.

ADELA Todo eso favorece mi plan. Manolo caerá arrodillado á mis plantas, pidiéndome una esperanza de amor.

NARC. ¿A que no?

ADELA ¿Qué te apuestas?

NARC. Perderás. En cuanto yo le diga: aquí tienes á tu primita...

ADELA Es que tú no dirás una palabra.

NARC. ¿No?

ADELA Naturalmente. Porque si viene negándose sistemáticamente, cuando me conozca seguirá haciendo lo mismo por la vanidad de no transigir.

NARC. Es verdad, tienes razón.

ADELA Pero no te alarmes, que no nos casamos pasado mañana. Le tendré en cuarentena el tiempo que me plazca. Tengo la seguridad

de hacer de Manolo un buen muchacho y un excelente marido. Pero si resulta un crapuloso incorregible, cada uno por su lado y en paz. Nada, enciérrate en tu cuarto y no salgas hasta que yo te avise. Déjame dueña del campo de batalla, y sobre todo procura que cuando venga Garrigorriaga, no entre.

NARC. Pero, ¿qué estás ideando?

ADELA Una farsa horrible contra Manolo.

NARC. Bueno, bueno; aquí te quedas. ¿Comeremos juntos?

ADELA Sí, los tres. Tú, mi futuro marido y yo.

NARC. ¡No te hagas ilusiones!

ADELA Vete tranquilo y hasta luego.

NARC. ¡Adiós, Adela! (Mutis foro.)

ESCENA VI

ADELA. Coge el retrato de Manolo

Bueno. ¿Conque una zafia ilustre que dice *juente* y *nesecidá* y se lava los domingos las manos con jabón moreno? Está bien. Usted sueña con dulces mimos, exquisitas delicadezas y todo lo que habla al alma, ¿verdad? Usted me ofende suponiéndome una mujer rústica incapaz de hacer la felicidad de un hombre, ¿eh? Pues, ¡ay de usted! como yo consiga interesar su corazón.

Música

(Tiene en la mano durante el número el retrato de Manolo)

¡Ay, primito de mi vida,
si mi esposo quieres ser,
tienes que pedir mi mano
de rodillas á mis pies.
¡No soy tan fea!
¡Mírame bien!
¡Que caro has de pagar
tu singular desdén!
Yo espero darte

dura lección,
y así verás,
lo que soy yo.
Primo mío—tú no sabes
que mi ardiente—corazón,
ambiciona—desde niña
las delicias—del amor.
Con tu carta—has ofendido
mi amor propio—de mujer,
y el espejo—me asegura
que en la lucha—venceré.

Hablado

Preparemos el campo de operaciones. Las puertas cerradas. (Lo hace.) La luz encendida. (Va al botón de la luz eléctrica y el aparato se ilumina.) El piano abierto y las bujías ardiendo. Muy bien. Aquí papeles de música en el atril. Soy casi una profesora de piano. El es muy posible que no toque más que el de manubrio Libros sobre la mesa. A ver este de qué trata. (Abre uno de ellos.) ¡Ave María purísima! Historia Natural. Bueno, de todo debe saber el hombre un poco. Y ahora, pasemos el rato hasta que venga, haciendo un retrato al óleo del señorito. (Se coloca sentada al lado de la mesa á pintar y perfectamente de espaldas á la puerta del foro.) No, feo no eres. Eso es verdad. Pero... ¿y yo? ¡Cuidadito con eso! (Tiene el retrato de fotografía delante, simulando que copia.) Ya te daré yo *haiga* y *juente*. Hombre, estoy indignada con este mameluco. ¡Mire usted que suponer que yo me lavo las manos con!... ¡Pues, no, señor! no me las lavo. Es decir, no me las lavo con jabón moreno... ¡Jabón moreno! (Pausa. Ruido en el foro.) ¿Abren? ¡El es! ¡Ahora verás tú la zafia lugareña!... (Se abre la puerta del foro; aparece Manolo, que entra tarareando. De repente se fija y queda inmóvil con el sombrero en la mano y la boca abierta. Gran pausa. Mucha mímica. Recorre con la mirada toda la escena y luego queda fijo en ella con cara de sorpresa inexplicable.)

ESCENA VII

ADELA y MANOLO

ADELA ¿Quién? (Sin volver la cara.) ¡Ah! ¿Eres tú, Manolito? Pasa, hombre, acércate. ¿Qué haces ahí parado en la puerta como un colegial medroso en una visita de cumplido? (Sigue pintando. Pausa.) Pero, ¿qué haces?

MAN. Yo...

ADELA (Deja con alguna calma el cuadro y los pinceles mientras dice.) Vaya, es que quieres que salga al encuentro como siempre tu mujercita y te diga... (En este momento se levanta, lo mira y va hacia él, pero todo con excesiva naturalidad.) «Ven, Manuel, ven á mis brazos. (Echándole los brazos al cuello. Asombro de Manolo que permanece inmóvil sin comprender.) Pero hombre, ¿dónde te estás que vienes tan tarde?... Vamos, (Le suelta los brazos del cuello y le coge de uno trayéndole con mimo hacia la mesita.) te aguardaba impaciente. Mira, ya creía que no venías á comer y había pensado acostarme antes de que tú vinieras. No tengo apetito... Pero, ¿qué te pasa?... ¿Te has quedado mudo?... (Manolo dice que no con la cabeza.) Pues entónces, ¿qué es ello?

MAN. Señora, que tiene razón todo el que me lo dice... que estoy completamente loco.

ADELA ¡Já, já, já! ¿Loco?

MAN. ¡Perdido!... Ya ve usted.

ADELA ¿Cómo, usted?

MAN. No, digo, ya ves... hasta ahora no me había dado cuenta de que yo estaba casado...

ADELA Pues hombre, ya es hora de que te enteres... después de dos años...

MAN. ¿Dos años?... Bueno, pues... ya procuraré ir enterándome.

ADELA Pero deja ese sombrero, hombre. (Le coge el sombrero.)

MAN. (Pues señor. Esta es mi habitación, estos son mis muebles, Manolo, es mi nombre,

pero esta señora no se quien es, ni entiendo palabra de todo esto.)

ADELA Mira, Manolo, esta es la sorpresa que te reservaba para el tercer aniversario de nuestra boda.

MAN. ¿Sí?... ¿Y qué es eso?

ADELA Hombre, tu retrato.

MAN. ¡Ah! ¿Mi?... Bueno.

ADELA Pero me has sorprendido... Sin embargo, lo acabaré, lo acabaré. Ya es hora de que tengas tú un cuadro pintado por mí... después de pintar tantos para los demás.

MAN. ¿Cómo?... ¿Has pintado cuadros para los demás y para tu esposo no?...

ADELA Eso es, regáñame si te parece. ¿Por qué los he pintado?... Para evitar nuestra ruina; para sostener la vida de regalo á que estábamos acostumbrados antes de que tú derrocharas nuestra fortuna. (Llorando.)

MAN. No llores, hijita. Es verdad, sí; soy un derrochador.. (Pues, señor, la loca es ella. Esto es muy original.)

ADELA ¿Por quién me veo en la necesidad de dar lecciones de piano y de francés?... Dí, ¡infame!...

MAN. Por mí, hija, por mí.

ADELA Sí, señor, por tí, por tus vicios, por tus extravíos... por esa Mariana y esa Nieves... y...

MAN. ¿Mariana... Nieves?... ¿Quién te ha dicho?... ¡Señor, yo estoy soñando!...

ADELA No, si ya sabes que yo te perdono, porque después de todo ¿á quién puedes querer más que á mí?...

MAN. A nadie... cielito... (¿Cómo se llamará mi mujer?...) Y es muy guapa. (Adela se acerca a él poco á poco.)

ADELA Ahora, si tu fueras un marido cariñoso...

MAN. ¿Qué?...

ADELA Pues ahora... para contentarme debías decirme... (Con gazmoñería y rubor fingidos.) «Carmela... toma un abrazo»...

MAN. ¿Y qué más?... (Abrazándola.)

ADELA Y toma otro abrazo. (Que no se escurra mucho.)

MAN. Con toda mi alma. (Abrazándola.)

ADELA (¡Qué pillo!... ¡Cómo aprieta!...) Ya sabes que yo amo las delicadezas... los dulces mimos... todo eso que habla al alma...

MAN. Como yo.

ADELA Ya lo sé, como tú. Por eso me casé contigo.

MAN. Eso es, por eso nos casamos.

ADELA Pero mira, cuando todavía no eras mi novio... yo me había figurado un Manuel... un hombre... así... qué se yo...

MAN. ¿Cómo, hijita?...

ADELA Un hombre ordinario. Yo creí que tú hablabas como un carretero, que bebías mucho vinazo, que te sujetabas los pantalones con una cuerda y que te revolcabas por el suelo. Vamos, creí que eras una acémila.

MAN. Muchas gracias, Carmela, muchas gracias.

ADELA No, no, si ya te digo, que todo esto era una suposición. Luego ya me he convencido de que eres un hombre de talento... de ilustración...

MAN. Hasta donde buenamente se puede.

ADELA Dominas los idiomas...

MAN. No. Eso no; prefiero hablar regularmente el castellano...

ADELA Pero en cambio la música...

MAN. Tampoco.

ADELA ¡Ah! ¿Que no?... Entonces lo he soñado. Creí que tocabas algo; por lo menos el violón...

MAN. ¿Eh?

ADELA Yo le tengo verdadera afición á la música, y hasta la pretensión de escribir algunas corcheas que no suenan mal.

MAN. ¡Hola!... ¡También compositora!

ADELA Tengo escrito un zortzico que por lo menos... á mi familia le ha gustado mucho.

MAN. ¿Sí?... ¡A ver, á ver!

ADELA ¿Quieres oirlo?...

MAN. Ya lo creo. Yo te hago el dúo.

Música

ADELA y MANOLO

ADELA
Bajo la espesa bruma
de aquel celaje gris
suenan mejor los ecos
dulces de mi país.
las olas de la playa
arrullan mi canción,
y de sus tiernas notas
llega hasta mí el rumor.
Por eso amor y patria
tienen allí un altar,
grato rincón de España
busco en tu seno paz.
Nido de mis amores
quiere encontrar en tí,
bajo la espesa bruma
de aquel celaje gris.

MAN.
El cadencioso ritmo
de tu genial canción
despiertan los recuerdos
del tiempo que pasó.

ADELA

De tan hermoso sueño
sigamos la ficción;
de mi canción las notas
hieren su corazón.

MANOLO

De tan hermoso sueño
sigamos la ficción;
su pintoresco canto
llega hasta el corazón.

Hablado

MAN. La música es el lenguaje del sentimiento.

ADELA Parece mentira, que tú, un muchacho de estudios...

MAN. Sí; mi carrera y nada más.

ADELA Pues chico... el que seas un simple abogadillo supone bien poco en tu favor... Pero en fin, yo acabaré de completar tu educación, un tanto descuidada, si me prometes no dejarme sola tantas horas al día...

MAN. Te lo prometo.

ADELA ¿Me quieres mucho?... (Amorosa.)

MAN. Carmela de mi alma, ya lo sabes.

ADELA ¿Serás complaciente conmigo?...

MAN. Pide.

ADELA Voy á pedirte un favor.

MAN. El que quieras. (¿Adónde irá á parar esta criatura?)

ADELA ¿Tienes retratos de Mariana y Nieves?

MAN. (Dudando.) ¿Por qué me lo preguntas?

ADELA ¿Los tienes?

MAN. Sí.

ADELA Pues dámelos.

MAN. ¿Qué vas á hacer?

ADELA ¡Quemarlos!... ¡Destruirlos!... (Creciendo la inflexión de voz.) Yo no quiero que tu ames á nadie más que á mí. ¡Eres mi esposo!... ¡Mi amor!... Todo cuanto se acerca á tí me inspira celos... Quiero ser sola en tu corazón... Dueña de tu pensamiento... Reina de tu voluntad... ¡Manuel!... Te amo hasta la locura... ¡Hasta el desvarío! (Mucha entonación.) Tú eres mi dicha... Mi sueño dorado... La dulce esperanza de mis amores.

MAN. (Le entró el vértigo; está loca.) Habla, Carmela, ¿qué deseas, que quieres?... (Con entusiasmo.)

ADELA (Gran transición.) Que vayas por los retratos, ya te lo he dicho.

MAN. Volando. (Entra en la derecha. Adela va detrás de él hasta la puerta y cierra esta con llave.)

ADELA Le dí el primer recorrido. Ahora que muera de curiosidad. Por Dios, si sale... no digan ustedes nada. (Mutis foro, precipitado.—Pausa.)

ESCENA VIII

MANOLO dentro. LEOPOLDÍN por el foro

LEOP. ¡Pero dónde se mete este Manolo!... No está aquí tampoco... Pero ¿qué es esto?... Aquí ha habido juerga... ¡Ah! pillo, y decía que subía por el gabán...

MAN. (Dentro.) ¡Carmela!... ¿Has cerrado?

LEOP. ¿Eh?...

MAN. ¡Abre, mujer!

LEOP. Es su voz. ¿Qué dices?

MAN. ¡Qué abras!... ¿No está ahí mi mujer?

LEOP. ¿Tu mujer?... (Yendo á abrir la puerta.) ¡Pero, hombre, tú estás cada minuto más loco! (Sale Manolo con dos retratos.) ¿Por quién preguntas?

MAN. Por mi mujer, Carmela. ¿Dónde está?..,

LEOP. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... ¡Podre Manolito!

MAN. ¡Esto es desesperante!... El que está loco eres tú. Hace dos años que estoy casado con una mujer que sabe la mar de cosas. Ella creía que yo era una acémila, pero no hay tal cosa; soy un hombre muy ilustrado. me lo ha dicho ella; ella misma, que me adora con toda su alma y que me ha pedido estos retratos.

LEOP. ¡Nieves!... ¡Mariana!

MAN. Sí, señor; tiene celos y hace bien. Yo he derrochado su fortuna... yo he sido un calavera...

LEOP. ¡Vaya! Hasta luego y que te alivies!

MAN. Ven, hombre; pero ¿tú no la has visto?... ¡Dímelo!... ¡Habla, por Dios!

LEOP. Pero, hombre, serénate, ¿de qué me hablas? Si no te entiendo.

MAN. Voy á registrar el hotel de arriba á abajo. (Sale corriendo por el foro.)

LEOP. ¿Dónde vas, loco? Este muchacho padece alucinaciones, no tiene duda. ¡Pobre Manolo! Yo siempre dije que acabaría en un manicomio. Y todo esto equivale á tomar billete para jaula de preferencia. En tanto, esas dos *individuas* esperando en el coche muertas de risa... Buenas se van á poner como tardemos... Pero ¿qué hace ese hombre por ahí? No, pues yo bajo á entreterlas para que no se escapen. (Sale por el foro izquierda. Pausa. Manolo viene por el foro izquierda y entra en escena con desaliento.)

ESCENA IX

MANOLO; después ADELA

MAN. ¿Dónde se ha metido?... Esa mujer me trae intrigado y esa aventura no puede terminar así... ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué pretende? ¿Es otra loca? No sé. Sólo sé que estoy congestionado... que me siento desfallecer... que esto me parece un sueño ó una burla y que no puedo más. (Se sienta desfallecido en una silla, dejando caer la cabeza sobre la mano derecha. Pausa. Adela, en traje de calle, aparece en el foro, y al verle, sonríe satisfecha.)

ADELA (Salió del encierro... pero está solo.) (Entrando.) ¡Caballero!...

MAN. ¡Ella!...

ADELA Pido á usted mil perdones por la broma de antes.

MAN. ¡Carmela!...

ADELA Yo soy una actriz que vive en el cuarto inmediato y una servidora de usted.

MAN. La broma es cruelísima y no sé qué objeto...

ADELA Tiene su explicación. Varias amigas que vienen á visitarme y yo, hemos oido á usted hablar horrores de las mujeres, en este cuarto. Usted las desdeña, por creerlas seres inferiores; aseguraba que hacía burla de todas y que no habría una capaz de *tomarle el pelo.* Yo prometí á mis amigas convencer á usted de lo contrario, apostando una caja de bombones que yo he ganado, y que ruego á usted que pague para demostrarlas que además... es usted muy galante.

MAN. ¿Será posible?

ADELA Ellas lo han visto todo por la cerradura de ese cuarto.

MAN. ¡Dios mío!

ADELA ¿Qué?

MAN. Carmela... que estoy enamorado de usted, que comprendo que la amo y que no conci-

bo la vida sin que usted me llame más en serio: «¡Esposo mío!»

ADELA Imposible, Manolo. Soy casada.

MAN. ¡¡¡Casada!!!

ADELA Pero si no lo fuera, ¿se hubiera usted casado conmigo?

MAN. Sin reflexionarlo. Ya ve usted, estoy amenazado de ser marido de una zafia... y de ese modo no había peligro.

ADELA ¿De una zafia? ¿Por qué?

MAN. Pues porque un arroyo que debía pasar por aquí pasa por un poco más allá.

ADELA Pues es una contrariedad.

MAN. ¡Quiérame usted por Dios, Carmela!

ADELA Usted no sabe lo que pide... ¿Y mi esposo?

MAN. Bueno, pues por lo menos hágame usted el favor de prometerme que se quedará viuda lo antes posible. ¡Ha encendido usted una pasión en mi alma!... (Se arrodilla.)

ADELA ¡Pero, Manolo!

MAN. ¡Una esperanza, por Dios! (Asoma don Narciso en el foro.)

ESCENA X

DICHOS y DON NARCISO

NARC. ¡Já! ¡já! ¡já!

MAN. ¡Eh! (Levantándose.) ¡Narciso! ¿Tú aquí?

NARC. Sí, hombre. Vengo acompañando á la actriz, á *tu Carmela.*

MAN. ¿Cómo?

NARC. A tu prima Adela; á esta zafia lugareña que toca el piano, habla francés, pinta y te da cien vueltas.

MAN. ¡Adela!

ADELA Protesto del jabón moreno!

MAN. Perdón, Adela. Has venido á traer la felicidad á este pobre loco que te despreciaba sin conocerte.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y GARRIGORRIAGA con una cesta, cosida, que lleva una etiqueta pegada con unas señas escritas

GAR. Sabes que te disen, pues, casa que te llevas fruta que te mandas.
NARC. ¿Qué te ha pasado, hombre?
GAR. Que no es allí, porque no te ha encargado nada de sestas.
NARC. Pero hombre, si es un regalo que yo traigo á ese caballero.
GAR. ¡Virgen! No dises nada, pues...
MAN. Déjalo. Luego se mandará.
Para una vida risueña
ya no me hace falta nada.
ADELA Algo falta; una palmada,
la pide la lugareña.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La casa del duende.
* *Bordeaux.*
* *El Juicio de Fuenterreal.*
Los Triunviros.
* *Tres tristes trogloditas.*
* *Chavea.*
* *La Sultana de Marruecos.*
* *Las manzanas del vecino.*
* *Los murciélagos* (comedia dramática en tres actos).
* *Su majestad el Duro.*
La víspera de San Pedro.
* *Charito.*
* *El caballo de Atila.*
* *¡Mañana... será otro día!*
El sueño de anoche.
A vuela pluma.
* *Madrid-Colón.*
* *Los maestros cantores.*
Año nuevo, vida nueva.
La danza macabra.
Miss'Hisipí.
Los cuentos del año.
* *El bello ideal.*
Crispulín.
* *Las hojas del Calendario.*
* *Los africanistas.*
* *La Romería del halcón, ó el alquimista y las villanas y desdenes mal fingidos.*
El primer amor.
* *Eclipse de luna* (opereta en tres actos).
* *El enigma* (drama en tres actos, arreglo del francés)
* *La japonesa.*
* *La boda de los muñecos.*
* *Madrid Cómico.*
* *Música proibita.*
La lugareña.

---

* En colaboración.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Espartero, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.